



FRANCISCO DE TERRAZAS
Y OTROS POETAS DEL SIGLO XVI.

QUIÉN no ha leído el elogio que Miguel de Cervántes Saavedra hizo de los poetas de su tiempo en el *Canto de Caliope*? Allí habrán visto mis lectores estas dos octavas en loor de dos ingenios americanos, uno de los cuales es nuestro:

«De la región antártica podría
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cría
También entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
«Francisco el uno de Terrazas tiene
El nombre acá y allá tan conocido

Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La misma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que este es Diego Martínez de Ribera.»

Y al leer esto, ocurre desde luego preguntar: ¿quién era ese Francisco de Terrazas? ¿qué escribió para que su nombre fuese «acá y allá tan conocido?» Si nada imprimió, como parece, ¿de dónde hubo Cervantes la noticia de su existencia, y qué vió de sus escritos para que así los elogiase?

Habrá un año que, leyendo cierto Discurso en la Academia Mexicana, deploré la mala suerte de Terrazas, cuyas obras se habían perdido por completo; pero añadí que conservaba esperanzas de hallar algunos fragmentos. Era que ya tenía yo puesta la mira á un manuscrito viejo donde pensaba que podrían encontrarse, y quiso la suerte que el tal códice viniera por fin á mis manos al tiempo mismo de acabarse la impresión de aquel Discurso. Casi tengo empeñada mi palabra de dar al público lo que se hallase, si mis esperanzas se realizaban; por eso, y porque los restos de nuestra antigua literatura no son tantos que puedan desperdiciarse, quiero decir aquí algo de esas antiguallas: que si no dieran contento

al lector amigo, puede dejarlas guardadas para el que más adelante escriba de aquellos tiempos.

Debo, por principio, nombrar al escritor que me ofrece los fragmentos, y presentarle al público. Es Baltasar Dorantes de Carranza, hijo de aquel Andrés Dorantes que salvado del triste naufragio de la armada de Pánfilo de Narvaez en la Florida, con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Castillo Maldonado y el negro Estebanico, anduvo á pié, en compañía de ellos, desde aquellas remotas costas hasta venir, por entre tribus bárbaras y desconocidas, á encontrarse en Sinaloa con los capitanes de Nuño de Guzmán: peregrinación maravillosa que duró diez años, y terminó en 1537. Nuestro Baltasar se precia no poco de su ascendencia. Nació en México á mediados del siglo, según cómputo aproximado: casó dos veces, la primera con D.^a Mariana Bravo de Lagunas, y la segunda con D.^a Mariana Ladron de Guevara. Fué tesorero por S. M. en el puerto de la Veracruz: desempeñó otros oficios: los conquistadores y pobladores le nombraron procurador en la corte, adonde no dice si llegó á ir: privaba con el virrey D. Martín Enriquez, á quien acompañó hasta Acapulco cuando fué á embarcarse para el Perú: heredó de su padre una buena en-

comienda, que después le quitaron no sabemos por cuál motivo; el caso fué que le dejaron por puertas, y como él dice, «tan desnudo en cueros como lo salió mi padre de la Florida.» Por los años de 1604 dirigió al virrey Marqués de Montesclaros una relación sin título, que á pesar de ser harto voluminosa no es más que la suma ó compendio de otro *libro principal* á que con frecuencia se remite (1). En la relación hay para todos los gustos: tan pronto refiere el autor los sucesos de Colón, y se explaya en la descripción de la isla Española, prefiriéndola á Inglaterra, Sicilia y Candia, como se pone á discurrir muy de asiento acerca de las causas de que unos hombres sean de ingenio más sutil que otros, trayendo al caso multitud de autoridades latinas de filósofos y naturalistas antiguos, con lo cual demuestra siquiera que no le faltaba lectura. Que todo esto se hubiera perdido, no nos causaría gran duelo; pero si nos haría bastante falta la parte curiosísima del manuscrito, que es la destinada á la narración de las hazañas de algunos conquistadores y á las descendencias de muchos de ellos. Uno á uno los va tomando para nombrar sus

(1) El original de la relación perteneció al Sr. D. José F. Ramírez, y mi estimado amigo y colega el Sr. Lic. D. Alfredo Chavero tuvo la bondad de regalármelo.

mujeres, hijos, nietos y biznietos. En tales genealogías mezcla unas familias con otras, como realmente se mezclaban, de lo que á menudo resulta cierta confusión en los linajes. Como el objeto de Dorantes era presentar á los ojos del virrey, reunida en un punto, toda la descendencia de los conquistadores, para que en ella premiase los servicios de los antepasados, pasa de corrido por los muertos, que ya nada habían de pretender, y por los que entrados en religión, no continuaban las *casas*, como él llamaba á sus genealogías. De ahí es que falten noticias individuales de muchos hijos de conquistador que eran fallecidos, y desgraciadamente en ese caso se encuentra nuestro poeta.

Era el hijo mayor del conquistador del mismo nombre que vino con Cortés y fué su mayordomo: «persona preeminente,» según el puntualísimo Bernal Díaz. De los hechos del padre no hay para qué tratar aquí, y baste saber que murió en 1549, siendo alcalde ordinario de México. El poeta dejó tres hijos de su mujer María de Obregón, hija del poblador Rodrigo de Baeza y de Mari López de Obregón. La descendencia de esta Señora Mari López fué tan numerosa, que «á su entierro, dice Dorantes, fueron de loba, capuz y toca negra setenta hijos, nietos y

biznietos, y los más son vivos; y en sus honras celebraron la misa en S. Francisco desta ciudad de México cinco nietos suyos sacerdotes y otro que predicó. Murió la susodicha de más de noventa años, y yo la conocí. No sabemos cuándo falleció nuestro poeta: mas como la *Galatea* fué escrita en 1583, y de las palabras de Cervantes se deduce que el elogiado vivía, tendrémos que poner su fallecimiento entre ese año y el de 1604; a mi entender más cerca del primero que del segundo. En su túmulo puso Alonso Perez el siguiente hiperbólico epitafio:

Cortés en sus maravillas
Con su valor sin segundo,
Terrazas en escribillas
Y en propio lugar subillas
Son dos extremos del mundo.
Tan extremados los dos
En su suerte y en prudencia,
Que se queda la sentencia
Reservada para Dios
Que sabe la diferencia.

Y otro poeta desconocido que corre en las páginas de Dorantes con el solo nombre de *Arrázola*, dijo á ese propósito:

Los vivos rasgos, los matices finos,
La brava hazaña al vivo retratada,
Con visos más que Apolo cristalinos

Como del mismo Apeles dibujada;
Ya con misterios la dejó divinos
En el octavo cielo colocada
Francisco de Terrazas, Fénix solo
Único desde el uno al otro polo.

Tenemos, pues, que nuestro Francisco de Terrazas era conocido y celebrado en México y en España. Hay más, porque según testimonio de Dorantes, fué «excelentísimo poeta toscano, latino y castellano». No ofrece dificultad lo latino, porque el estudio de ese idioma clásico estaba muy extendido y muchos versificaban en él; pero ¿de dónde pudo venirle lo toscano? Ciertó que entónces privaba en España la lengua italiana, mas no hallo que lo mismo fuera en México. ¿Iría acaso á España nuestro poeta? No parece difícil, porque era muy frecuente en hijos y nietos de conquistadores pasar á la corte en busca de premio á los servicios de sus padres ó abuelos. Allá fué con tal fin D. Antonio de Saavedra Guzmán, el del *Peregrino Indiano*, y allá estaba andando esa vía penosa un hijo de Dorantes. De ese modo se explicaría también el conocimiento que Cervantes tuvo de Terrazas y de sus versos; pero no cuenta con otro apoyo la conjetura.

Antes de hablar del poema de Terrazas,

conviene desembarazarnos brevemente de otras noticias. Diego Muñoz Camargo, en su *Historia de Tlaxcala*, cita un *Tratado del Aire y Tierra*, escrito por *Francisco de Terrazas*, en que se contaban los inauditos trabajos que Cortés y sus compañeros pasaron en la expedición de las Hibueras. No sé si se refiere al padre ó al hijo: la presunción está en favor del segundo, por cuanto sabemos que era hombre de pluma, lo cual no nos consta del padre, pues no tiene fundamento la opinión de los que le atribuyen la célebre relación conocida con el nombre de *El Conquistador Anónimo*. De los individuos de la familia hallo, además de lo dicho por Dorantes, que un Francisco de Terrazas era en 1570 vicario del pueblo de Xicotepec en el obispado de Puebla.

Nada de nuestro poeta se publicó en sus días, que yo sepa: recientemente han salido á luz tres sonetos suyos hallados en una compilación inédita de *Flores de varia poesía*, hecha en México el año de 1577. Comprende composiciones de muchos poetas españoles, y entre ellas los tres sonetos, que están en el *Ensayo de una Biblioteca Española de Libros Raros y Curiosos* (tom. I, cols. 1003, 1007). Copio el primero y el último, omitiendo el segundo por sobradamente libre.

I.

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada
Lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habeis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro
Volvédsele á la angélica natura;

Y todo aquesto así restituido,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

III.

SONETO DE TERRAZAS Á UNA DAMA QUE DESPABILÓ
UNA VELA CON LOS DEDOS.

El que es de algun peligro escarmentado,
Suele temelle más que quien lo ignora;
Por eso temí el fuego en vos, señora,
Cuando de vuestros dedos fué tocado.

Mas ¿visteis qué temor tan excusado
Del daño que os hará la vela agora?
Si no os ofende el vivo que en mí mora,
¿Cómo os podrá otender fuego pintado?

Prodigio es de mi daño, Dios me guarde,
Ver el pábilo en fuego consumido,
Y acudirle al remedio vos tan tarde:

Señal de no esperar ser socorrido
El mísero que en fuego por vos arde,
Hasta que esté en ceniza convertido.

Vengamos ya á tratar del poema de Terrazas. Se intitulaba *Nuevo Mundo y Conquista*, y quedó sin concluir por muerte del autor. Debemos á Dorantes los fragmentos que se conservan, por haberlos intercalado en su relación; pero al extraerlos de ella tropecé con una dificultad que no he logrado vencer. Hablo de la duda que en parte ofrecen acerca de su verdadero autor. No dice en general Dorantes que todos sean de Terrazas (á quien llama tambien *nuestro Maron*): en algunos expresa el nombre del autor, en otros le calla, y en uno, despues de haber puesto el de Terrazas, le borró y escribió arriba *Arrázola*. Existía, como hemos visto, un poeta de este nombre, amigo del otro: ¿quién nos asegura, pues, de que entre los fragmentos anónimos no haya alguno más de Arrázola? Y acaso pudiera terciar en la disputa Salvador de Cuenca que tambien hacía octavas al mismo asunto, y era probablemente hijo de Simon de Cuenca, otro mayordomo de Cortés. Imposible es conocer quién es el dueño de cada uno de los fragmentos, cuando Dorantes no le expresó. No puedo hacer más que darles el órden que á mi juicio les correspon-

de, poniendo nombre de autor á los que le tienen y dejando anónimos los otros, como los hallé: bien que me inclino á creer que los más son de Terrazas. No he corregido sino lo notoriamente errado: á descuido de Dorantes pueden atribuirse algunos de los defectos de versificación que el lector notará.

Juzgo que el fragmento siguiente pertenecía á la introducción del poema.

No de Cortés los milagrosos hechos,
No las victorias inauditas canto
De aquellos bravos é invencibles pechos
Cuyo valor al mundo pone espanto:
Ni aquellos pocos hombres ni peltrechos
Que ensalzaron su fama y gloria tanto,
Que del un polo al otro en todo el mundo
Renombre han alcanzado sin segundo.

Tantos rendidos reyes, nuevo mundo,
Infinidad de cuento de naciones,
Segunda España y hecho sin segundo,
Ejércitos vencidos á millones,
Dioses postrados falsos del profundo
A quien sacrificaban corazones,
No lo puede escribir humana pluma,
Que en la mente divina está la suma.

Valeroso Cortés por quien la fama
Sube la clara trompa hasta el cielo
Cuyos hechos rarísimos derrama
Con tus proezas adornando el suelo;

Si tu valor que el ánimo me inflama
Se perdiese de vista al bajo vuelo;
Si no pueden los ojos alcanzalle
¿Quién cantará alabanzas á su talle?
No quiero yo manchar, ni Dios lo quiera
Del pecho sabio el ánimo invencible
Cuyo blason fijado allá en la esfera
Contiene, todo es poco, lo posible;
Ni aquella temeraria fuerza fiera
Con que allanáste casi lo imposible:
Que es agotar á mano un mar copioso,
Solo diré de paso lo forzoso.

La octava siguiente (de Terrazas) parece
corresponder al mismo lugar:

Magnánimo Cortés cuyas hazañas
Al mundo otro mejor han añadido,
Honor y gloria de ambas las Españas,
De Dios para sus hechos escogido:
Si al bajo son de mis groseras cañas
No pudiere cumplir lo prometido,
Vos os habeis privado del efeto
De que haya pluma igual á tal sujeto.

Lo que sigue, tambien de Terrazas, se refiere á la expedición de Francisco Hernandez de Córdoba, que salió con el fin de cautivar indios en las islas de los Guanajos.

Tras el felice fin de aquella guerra
A Cuba fué con escogida gente,
En breve tiempo vió toda la tierra
Pacífica servir seguramente.

Mas como el fundamento que se yerra
Hace salir errado lo siguiente,
Para las minas de oro que hallaron
Esclavos á hacer se comenzaron.

La causa desto no es á mi juzgalla
Ni aun este es lugar de decidirse,
Si pudo la sazón justificalla
Y en otra ha sido justo el impedirse.
Sé que despues de bien examinalla
Vino con gran rigor á prohibirse,
Aunque el remedio á tiempo se enviase
Que á reparar las Islas no bastase.

Antes fué decayendo de tal suerte
En breve tiempo aquel dichoso estado,
Que de los indios con estrago y muerte
Un número infinito fué acabado.
Y como nadie de oro se convierte
Al rústico provecho del ganado,
Para labrar las minas fué la traza
Hacer de ciertos hombres simples caza.

Junto á Honduras una mansa gente
Las Islas de Guanajos habitaba
Humilde y simple que muy fácilmente
Por fuerza ó por engaños se tomaba;

Y como empresa que era conveniente
A la labor del oro que aflojaba,
Tres vecinos de Cuba la emprendieron
Y con Diego Velazquez se avinieron.

Si desto se dió parte al almirante,
O si con causa dello estuvo acedo,
Más claro se verá más adelante

Ya que en decirlo agora corto quedo.
El uno fué Cristóbal de Morante,
El otro Lope Ochoa de Caicedo,
Francisco Hernandez Córdoba el tercero,
Por capitán de todos y primero.

Armados menos, que en esfuerzo finos
Soldados ciento y diez lleva la armada,
De extravagantes hecha y de vecinos
Más que en la guerra en contratos fundada:
Era piloto Antonio de Alaminos,
Veedor fué Bernardino de Calzada,
Con quien Velazquez una barca envía
Porque entrar á la parte pretendía.

Y como las jornadas de ántes hechas
Al medio de los polos se inclinaban,
Donde por conjeturas y sospechas
Hallar grandes riquezas confiaban,
Tambien aquestas naos iban derechas,
O poco de aquel rumbo desviaban,
Las islas de Guanajos procurando
Casi casi al Sudueste navegando.

Nadie á decir agora me compela
Los trances de fortuna que pasaron,
La presa de Naucol, la carabela
Con que los indios presos se le alzaron;
Que en fin por donde nadie dió la vela
Al viento, y dél forzados, arribaron
A tierra nunca vista ni sabida
Que fué para su daño conocida.

El saqueo del pueblo de Naucol dió á Te-

rrazas ocasión de introducir un episodio.
Supone que Huitzel, mancebo valeroso,
hijo heredero del rey de Campeche, se
enamorado perdidamente de la linda Quetzal,
hija y heredera del Rey de Tabasco. Al-
gun obstáculo se opondría á su unión, por-
que concertados los amantes se huyeron,
y por caminos excusados llegaron á Nau-
col, poblezuelo de pescadores, donde no
fueron conocidos. Allí se establecieron en-
tre aquella pobre gente y vivieron tranqui-
los algun tiempo, satisfechos con verse jun-
tos, y sin echar ménos las grandezas en que
se habían criado, hasta que una noche á
deshora cayeron los españoles sobre el
pueblo, y pasó lo que el poeta va referir-
nos:

De blandos ejercicios fatigados,
Que el dia todo se pasaba en esto,
Al dulce ensueño entrambos entregados,
Y en brazos cada cual del otro puesto,
Fuimos súbitamente salteados
Con un ruido temeroso y presto,
Al tiempo que á la lumbre venidera
Dejaban las estrellas la carrera.

Y no esperando á ver que cosa fuese
Prestísimo salté del lecho á oscuras.
A Quetzal recordé que me siguiese
Metida por serradas espesuras,
Hasta que claramente se entendiese.

La causa del rumor, y á penas duras
Despierta estuvo, cuando yo sin tino
Mostrándole iba incierto mi camino.

Siguiendo un resplandor de luz escaso
Por una estrecha senda mal abierta
Mi bien iba esperando paso á paso
Sin ver que del temor va medio muerta.
Falta la fuerza al desmayado paso
Ya ni á mi rastro ni á la senda acierta,
De vista finalmente nos perdimos
De suerte que hallarnos no pudimos.

Puesto encima de un árbol devisaba
El fuego de las casas encendidas,
Los llantos y las quejas escuchaba
De miseras mujeres doloridas:
Una espantosa grito resonaba
De voces muy feroces no entendidas;
Que sólo yo juzgaba que serían
Tus largas manos que tras mí vendrían (1).

Movido á compasión de mal tamaño
Que el inocente pueblo padecía,
Bajé corriendo, y cada punto un año
De grave dilacion me parecía:
Y asegurando á Quetzal de aquel daño
Rendirme á tus ministros pretendía
Que en mí todo el furor ejecutasen
Con tal que al triste pueblo perdonasen
Busqué gran rato por el bosque umbróso

(1) Oreyó al principio, que aquel alboroto era causado por los ministros que el rey su suegro (con quien habla) habia enviado á prenderle.

Del alma mía la gloria fugitiva,
Y cuanto más buscaba congojoso
De poderla hallar más léjos iba;
Hasta que el rayo ardiente luminoso
Que al mundo de tiniebla oscura priva
Quitó tambien la duda de mi pecho
Y fui de mayor daño satisfecho.

Acaso me hallo un vecino mío
Que el pueblo andaba á voces convocando,
Diciendo que acudiésemos al río
Por do una nueva gente iba bajando
De quien robadas con violento brío
Muchas personas nuestras van llorando;
Y entre otras que llevar vió maniatadas
Mi Quetzal y su hija eran nombradas.

No como yo con tal presteza parte
Ciervo que sin sentido el curso aprieta
Cuando en segura y sosegada parte
Herido siente la mortal saeta
Ni nunca por el cielo de tal arte
Correr se ha visto la veloz cometa,
Que á ver de mi desdicha el caso cierto
Con miedo y con amor volaba muerto.

Y á una legua ó poco más andada
Hallé los robadores y robados;
Vide una gente blanca muy barbada,
Soberbios y de limpio hierro armados;
Vi la cautiva presa en medio atada
De sus alhajas miseras cargados,
Al uso y voluntad de aquellos malos como
Que aguijando los van á duros palos.

Tan cerca en fin llegué que me sintieron
Y vueltos hácia mí se repararon;
Mas los cuitados presos que me vieron
Un alarido al cielo leyantaron,
Socorro lamentando me pidieron
Causas de obligacion representaron:
Como si para aquella gente fiera
Bastante desarmado y solo fuera.

Entre otras cosas ponen por delante
El agradable hospicio recibido,
Sus obras buenas y el amor constante,
La estima en que de todo fuí tenido.
¿Pues qué hará el que apénas es bastante
A lamentarlos triste y condolido,
Que aun para consolar su sentimiento
La voz robó el dolor al flaco aliento?

Mas cuando de palabras mal compuestas,
Cuales el triste caso permitía,
Razones tuvo el ánima dispuestas
Y echarlas por la boca pretendía,
A Quetzal vide estar que á manos puestos
Socorro vanamente me pedía,
Mi nombre cien mil veces repitiendo
Y arrollos de sus lágrimas haciendo.

Cual tórtola tal vez dejó medrosa
El chico pollo que cebando estaba
Por ver subir al árbol la escamosa
Culebra que á su nido se acercaba,
Y vuelta vió la fiera ponzoñosa
Comerle el hijo encarnizada y brava;
Bate las alas, chillá y vuela en vano
Cercando el árbol de una y otra mano.

Así yo sin remedio, congojado
De ver mi bien en cautiverio puesto
Llegaba al escuadron desatinado
Clamando en vano y revolviendo presto:
De suerte que seguido y esperado
Detuve un rato al robador molesto
Que vuelto atento con piedad, sin ira,
Del nuevo caso con razon se admira.

Mas como ni salvalla peleando
Pudiese, ni morir en su presencia,
Tal vez al enemigo amenazando,
Tal vez pidiendo humilde su clemencia,
Sin otro efecto los seguí luchando
Con el dolor rabioso y la paciencia,
Hasta llegar al rio do se entraban
En casas de madera que nadaban.

Pues la cuitada Quetzal que meterse
En una veo, y del todo ya dejarme,
Arrastrando tentaba defenderse
Y á gritos no dejaba de llamarme:
Del mismo robador queria valerse
Pidiéndole lugar para hablarme,
«Siquiera aqueste bien se me conceda,
(Le dice) que hablar á Huitzel pueda.»

Volviendo á mí, y en llanto derretida,
“Huitzel [me dijo], pues mi dura suerte
Y sin que pueda ser de tí valida
Me lleva do jamas espero verte,
Recibe en la penada despedida
El resto de las prendas de quererte,
Y aquesta fe postrera que te envío

Con cuanta fuerza tiene el amor mio.
Que quien por ti la patria y el sosiego
El padre, el reino y el honor pospuso
Y puesta en amoroso y dulce fuego
Seguirte peregrina se dispuso,
Ni en muerte ni en prision el nudo ciego
Que Amor al corazon cuitado puso
Podrá quitar jamas sin ser quitada
El alma presa á la mortal morada.

«Si voy para vivir puesta en servicio
Tenerme ha tu memoria compañía,
Y en un continuo y solitario oficio
Llorando pasaré la noche y dia;
Mas si muriendo en triste sacrificio
Fortuna abrevia la desdicha mia,
Adonde estás vendré, no tengas duda,
Espíritu desnudo y sombra muda.»

Díjeme: “No podrá, yo te prometo,
Apartarnos, el hado triste y duro:
Héme entregado aquí, héme sujeto
Al fin incierto de mi mal futuro.”
Diciendo aquesto púselo en efecto
Con paso largo y corazon seguro,
Metiéndome en poder luego, á la hora,
De aquel nuevo señor de mi señora

Hice los nuevos hombres admirados
Y á todos los amigos afligidos,
No tanto de su daño lastimados
Cuando del mío propio condolidos.
Finalmente quedamos embarcados
Y entre los robadores repartidos,

Junto con el despojo que tomaron
Do más volúmen que valor hallaron.

Callo su preguntar y su malicia,
Su gran soberbia, su mandar airado,
Su mucha crueldad, poca justicia
Y aquel desprecio del haber robado,
Sus rigurosos modos, su codicia,
Y el deshonesto vicio libertado;
Que todo se pagó en muy pocos dias
Con gran venganza por diversas vías.

Que desde á poco tiempo nos libramos
Por un dichoso caso que tuvimos,
En que á la mar las guardas arrojamos
Y con la casa de agua al través dimos
A la cercana costa do saltamos
Y por la tierra adentro nos metimos,
Tomando yo de nuevo mi camino
Con Quetzal solo, incierto y peregrino

Y sin saber adónde caminaba
Llegué con más trabajo del que digo
Do á la sazón Mochocoboc estaba,
Prudente, osado y de virtud amigo,
Que sosegado en Champoton reinaba
Sin miedo y sin noticia de enemigo,
El cual me recibió de la manera
Que el propio hijo recibido fuera.

A lo que podemos juzgar el episodio de Huitzel se enlaza naturalmente con la acción: nada tiene de maravilloso ni de extravagante, ántes bien está referido con sencillez y ternura: la desgracia de los

amantes interesa. Aunque los indios llevaban con paciencia la esclavitud en su tierra, nada los horrorizaba tanto como ser sacados de ella: preferían la muerte. Por eso sorprende la resolución que Huitzel toma de someterse voluntariamente á suerte tan dura, sólo por no vivir léjos de su amada. El desenlace es feliz, para que el pasaje no deje impresión desagradable.

Vayan ahora dos fragmentos (ánónimos) en que se cantan la fortuna de Cortés y la desesperación de Velázquez:

En cuántas cosas ciega y desatina
A los que tiene ya por desechados
Fortuna que juzgada fué divina
Con tanta admiración de los pasados!
Y cuando á dar favor se determina
,Qué medios toma nunca imaginados!
Quitando de adelante tropezones
Y allegando las buenas ocasiones.
A Julio César hizo que no abriese
La carta que la vida le importaba,
A Galba que su fin no previniese
Pues claro en los agüeros se mostraba;
Por otra parte á Wamba que rey fuese
Por fuerza cuando ménos lo pensaba;
Y á Pertinax de muerte receloso
Le hizo emperador muy poderoso.
Y porque mucho no nos apartemos
Trayendo ejemplos de la antigua historia,

El que en Velázquez y Cortés tenemos
Darán de lo que digo fé notoria.
Notorios digo son los dos extremos
Del don y privación de honor y gloria:
Al uno inconvenientes va poniendo
Y al otro los caminos va barriendo.

Descubre á Yucatán la no sabida
Francisco Hernández Córdoba llamado,
Tierra firme poblada y bastecida
Mejor que hasta allí se había hallado:
Do sólo sacó el riesgo de la vida
De treinta y tres heridas lastimado,
Huyendo muertos veinte compañeros,
Sirvieron los demás de mensajeros.

Así que la noticia con que él vino,
La muestra de riqueza que traía,
Creyó Diego Velázquez ser camino
Que su dichosa suerte le ofrecía.
Armó á Juan de Grijalva su sobrino
Y á rescatar á Yucatán le envía:
Lleva doscientos hombres escogidos
Con armas y rescates prevenidos.

Más bien, mayor riqueza y esperanza
Grijalva descubrió que imaginaba;
Mas nunca osó gozar la buena andanza
Que para Cortés solo se guardaba;
Y en ver Diego Velazquez la tardanza
De nueva, y que el sobrino no tornaba
A unos y otros ruega con la empresa
Y así vino Cortés á haber la presa.
No bastó que Grijalva despachase

A Alvarado que ricas cosas lleva,
Ni que Diego Velazquez le enviase
A Cristóval de Olid con gente nueva:
Fortuna urdió que nadie se encontrase
Y que á poblar Grijalva no se atreva,
Que Baltasar Bermudez se le excuse,
Y que Velazquez el gastar rehuse.

Abrió á Cortés Fortuna aquí la puerta
Que á todos los demás iba cerrando,
Y con Diego Velazquez lo concierta
Ni gasto ni peligro recelando;
E hizo su ventura buena y cierta
Ser diligente y no tardar dudando;
Que aquel con la Fortuna está bien puesto
El que á sus tiempos es resuelto y presto.

Y no porque Grijalva al tío trujese
Gran relacion del mundo descubierto,
Ni aunque en Velazquez tal mudanza hubiese
Para querer salirse del concierto
Bastó que aquel camino no siguiese
Que su dichoso hado muestra abierto;
Ni astucias ni cautelas fueron parte,
Cortés, para aprenderte ni estorbarte.

De aquí vino la rabia en que se siente
Arder Diego Velazquez las entrañas,
De aquí la emulacion de tanta gente
La adulacion que siempre usó sus mañas;
De aquí el llegado amigo y el pariente
Con chismes, con embustes y marañas,
De aquí el pesar de la ocasion perdida
Que poco á poco le consume en vida.

.....

Sintió Diego Velazquez grande afrenta
De ver que á su pesar Cortés camina,
Que la imaginacion le representa
El claro fin que el cielo le destina.
De cosa ni de sí no se contenta
Cien mil contrariedades imagina,
De día ni de noche no reposa
Ni buen medio á tomar acierta en cosa.

De todos sus amigos anda esquivo
Viviendo melancólico, apartado,
Muchos tiempos anduvo pensativo
Y casi de las gentes afrentado.
Por una parte el corazon altivo
Le tiene de Cortés maravillado,
Por otra ver la empresa que así pierde
El ánimo de rabia le remuerde.

La muestra de riquezas que ha traído
El capitan Grijalva nuevamente,
La noticia del mundo no sabido
Que agora ha descubierto al occidente,
Temor que el extremeño que allá es ido
Señor ha de ser de él con poca gente,
Y el no poder prendelle ni estorballe
Hace que en infernal pena se halle.

Pensando está cómo castigue y dome
Aquel que su ventura le contrasta,
Y hasta que venganza dello tome
Paciencia y sufrimiento no le basta;
Dormir no puede ya y apénas come
Que humor de sus entrañas propias gasta:
Y en su desvanecida fantasía
Vido en vision la misma en que se via,

Encarece Terrazas la pequeñez del ejército que sale á la conquista.

Por todos sus quinientos compañeros,
Caballos trece solos van por cuenta;
No se cuentan aquí los marineros
Que con once navíos van cincuenta:
Seis tirillos de campo bien ligeros
Ballestas y escopetas eran treinta,
Los indios de servicio son doscientos
Y alguna municion y bastimentos.

Catad aquí el ejército famoso
Que el Xerxes nuevo al nuevo mundo lleva:
Con cuánta artillería va espantoso
A dar de su valor tan clara prueba:
Mirad con qué pujanza va animoso
A dar al rey de España estotra Nueva:
Mirad con qué ganó tan alto nombre,
Y da á los hombres Dios, y á Dios tanto
(hombre.

Las siguientes octavas tambien de Terrazas, aunque colocadas en otro lugar del códice, parecen corresponder á esta parte del poema.

Agora el gran Cortés que va en tu nombre
Y sólo en tí el intento soberano,
Encargas el remedio de tanto hombre,
Carga, Señor, de esfuerzo más que humano:
Y con peligros, porque el caso asombre,
El oro vas tocando de tu mano,

Por descubrir quilates de aquel pecho
A quien cometes el divino hecho.

Tiempo vendrá que haga la memoria
Que agora por el tiempo se me impide,
Pues no son dignos de menos honra y gloria
Los por nombrar, ni es justo que se olvide.
Y si de todos no hiciera historia
Tan clara como el caso me la pide,
Allá los tiene Dios, que no se olvida,
Escritos en el libro de la Vida.

Dorantes se admira de que aquellos valerosos hombres fueran desdichados en la recompensa de sus servicios, y añade que «la causa y secreto Dios la sabe, que aunque fueron los fines buenos, con tan grandes efectos, los medios se pudieron errar porque predicar Evangelio con la espada en la mano y derramando sangre, es cosa temerosa, y que parece acá al juicio humano, que sus descendientes van haciendo penitencia desta soltura; porque apénas se hallará hombre desta cepa que no ande mendigando, y aun por ventura por puertas ajenas.» Y al propósito trae estas dos octavas:

Mi Dios, al juicio humano qué apartadas
Van las secretas sendas que caminas:
Las del hombre ignorante qué trilladas,
Qué incógnitas y ocultas las divinas:
Y cuando van las cosas dedicadas

A tí y por tí cuán bien las encaminas:
Que á estorbar el camino al virtuoso
Ningun trabajo humano es poderoso.

Secretos son, Señor, que no alcanzamos,
Conceptos tuyos son que no entendemos,
Trazas y ocultas vías que ignoramos,
Estilos son que no comprendemos.
Cuando más cerca dellos nos juzgamos
Méno de sus caminos conocemos,
Y así, siendo imposible investigarlo
Es opinion prudente no intentarlo.

En la *casa* del capitan Andrés de Tapia, cuenta Dorantes, que este valeroso conquistador formó un concierto con otros doce compañeros, «los cuales todos, habiéndose encomendado á Dios, y estando oyendo misa del Espíritu Santo, que habían hecho decir, teniendo el sacercote el Santísimo Sacramento en las manos, hicieron pleito homenaje de abstenerse todo lo posible de pecar mortalmente, prometiendo de andar juntos para socorrer á españoles é indios amigos, y librarlos de cualquier peligro, ó morir sobre ello. Hiciéronse grandes efectos, y libraron á muchos de la muerte; y cuando algun otro hacia algun buen hecho, decían generalmente que no hiciera más si fuera de los conjurados; como si dijera: no hiciera más si fuera de los de la fama; y así es bien que se conozcan estos valientes que

rreros que merecían ser eternizados como los doce de la fama, que este nombre y título de grandeza tan loable, tambien le adquirieron en la guerra.» En seguida los compara y prefiere á los catorce famosos de que habla Ercilla en el canto IV de su *Araucana*, poniendo fin á su discurso con estas tres octavas anónimas, donde se ven los nombres de los doce. Tienen cambiado el orden de los consonantes del primer cuarteto, y no me parecen de Terrazas.

¿Quién de Tapia podrá pintar los hechos,
Una difícil prueba á ingenio humano,
Un brío y un esfuerzo soberano
Que atemoriza los soberbios pechos?
Los doce que en el reino mexicano
Prometieron vencer ó ser deshechos,
Que sobrepuja el nombre al fiero Glauco
Y á los catorce del famoso Arauco.

¿Dónde se vido un Serna y un Baena,
Un Sevilla, Vanegas, Olmos, Nieto,
Que pusieron con Robles en aprieto
Al bando indiano con rigor y pena?
¿Dónde un Victoria, con Granado inquieto,
Roman López, y Aguilar que suena
Tanto en valor, con el osado Pardo
Que forman diestro un escuadrón gallardo?

Paréceme locura y devaneo
Querer engrandecer tan alto nombre
Basta que al indio oprima, y España asombre

Y que acorte los pasos al deseo.
 Que donde sobra causa falta un hombre,
 Si quiere hacer aquí soberbio empleo.
 ¡Oh pluma! no te pierdas de arrogante
 Do no llega tu voz, la fama cante.

Pues de hazañas se trata, vaya una de las
 de Francisco de Morla que tantas hizo. El
 hecho es histórico, y aconteció cuando Cortés
 venía navegando en busca de las tierras
 ántes descubiertas por Córdoba y Grijalva.
 Las octavas son anónimas.

Cortés dijimos que llamarse oía
 De aquella nao que en gran peligro estaba,
 De Francisco de Morla á quien habia
 De un golpe temerario la mar brava
 Llevádole el timon que le regía,
 Y á despecho de quien le gobernaba
 Se le arrebató de los fuertes brazos
 Haciendo jarcias y árboles pedazos.

El animoso capitán que vido
 Llevar así el gobierno á su navío,
 Y casi ya en las ondas sumergido
 Andarse deslizándose á su albedrío,
 De varonil esfuerzo prevenido
 Fiando en Dios, con más que humano brío,
 Da un temerario tiento á su ventura
 Y contra el mar y vientos se aventura.

Cruel Neptuno, dice, á quien es dado
 De estos salados reinos el gobierno,
 Que hoy contra esta flota te has aunado

Con furiosas cuadrillas del infierno;
 En vano ha de salir lo concertado
 Que el Dios de las alturas sempiterno
 Quiere á despecho de tus crueles manos
 Dar ayuda y favor á sus cristianos.

Barriendo sale entónces el lucero
 Al luminoso Apolo la carrera,
 Cuando á la escasa luz vido el madero
 Que le robó furiosa la mar fiera,
 Y como le vió cerca el caballero
 «En nombre de Dios,» dice y más no espera,
 Que es mayor el peligro en la tardanza,
 Y á las furiosas olas se abalanza.

Rompe las aguas el valiente pecho,
 Con los piés y cabeza gobernaba,
 Reman los fuertes brazos, y derecho
 Navega do el timon vido que estaba:
 Más de doscientos pasos son de trecho
 Los que el madero de la nao distaba;
 Mas el famoso capitán con brío
 Le agarra y da la vuelta á su navío.

Cual á la caza va sacre animoso
 Rompiendo el aire y con superno vuelo
 Hecha su punta vuelve presuroso
 Con la presa en las uñas al señuelo:
 Así el valiente Morla valeroso
 Se arrisca con un ánimo del cielo
 Y apenas se arriscó á ganar la empresa
 Cuando vuelve gallardo con la presa.

Llega al navío é izan el madero,
 De los que dentro estaban ayudado,

Vuélvelo á su lugar, como primero,
Que no parece haber de allí faltado
De qué Diego García, bravo y fiero,
De qué Pompeyo ó Xerxes se ha contado
Haber nunca en el mundo sucedido
Hecho tan valeroso y atrevido.

Morla, diga la fama, Morla asiente,
Borre trofeos, batallas, vencimientos,
Que otros vencieron hombres solamente
Morla á los invencibles elementos.
Los cuales viendo así tan fácilmente
Estorbar solo un hombre sus intentos,
Confusos se retiran aire y fuego,
Y dejan cielo y aguas en sosiego.

Es de Terrazas la plática que Cortés hi-
zo á los indios de Cozumel por medio del
indio Melchorejo, intérprete del ejército.

Después que fué acabada la comida,
Cortés viendo la gente sosegada,
Por lengua no tan diestra ni expédida
Cuanto de la ocasion es demandada,
Les dió de las palabras de la vida
La colacion que tiene aparejada;
Vuelto al Calachuni con alegría
Y á todos los demás así decía:
«La obligacion, amigos, en que quedo,
Y las prendas de amor con que me hallo,
Y ver que en otra cosa yo no puedo
Mejor que en la presente demostrallo,
Hace que os vede, como agora os vedo,

Tener un dios ajeno y adorallo,
Y que dejeis la ceguedad y vicio
Con que haceis al barro sacrificio.

«Si en lo demas es justo que os alabe,
En esto solo os juzgo por livianos;
Decidme en qué juicio humano cabe
Que adore las hechuras de sus manos.
Quien no vive, ni siente y nada sabe
En qué os podrá valer, decid, hermanos;
Si dioses son, y yo puedo hacellos
Más justo es que me adoren, que yo á ellos.

«Qué bien ni qué consejo darme pudo
Un dios que hacer no puede lo que pude;
Haced que tome un arco, espada, escudo,
Que tire, que me ofenda ó que se escude;
Haga otro bulto así de piedra mudo;
Decid que un paso de do está se mude;
Veréis cómo no es dios, sino hechizo
Que verdadero Dios es el que os hizo.

«No es Dios quien no da luz ni la destierra,
Mas quien hizo la luz es luz de hecho;
No es Dios quien dar no puede paz ni guerra,
Mas quien sembró la paz en nuestro pecho;
No es Dios el que hombre hace de la tierra,
Mas el que de la tierra al hombre ha hecho:
Eterno Dios, Dios sabio, omnipotente
Y sobre todas cosas excelente.

«Aqueste solo Dios es verdadero
Que hizo el mundo, el cielo, el sol, la luna,
Aqueste á hombre puso ley y fuero
Y pena si le quiebra en cosa alguna.

Es dulce Padre, y es Juez severo;
Castiga y con regalos importuna;
Aqueste da la gloria y el tormento,
De aqueste os quiero dar conocimiento.

«Cómo habeis de creer la fe que creo
Sabréis de mí á su tiempo largamente,
Que no es dispusicion la que ahora veo
Ni lengua la que os habla suficiente.
Que no sacrifiqueis solo deseo,
Ni á vanos dioses honre vuestra gente.
Que deís de buena gana tambien pido
A Dios el corazon y á mí el oído.

«Esta señal de cruz que aquí os he visto
De dónde haya venido acá me espanta,
Porque es retrato de otra en que obró Cristo
La redencion humana en pena tanta.
Y así á que la adoreis ántes insisto
Como señal bendita, sacra, santa;
Mas sabed que no es Dios de temporales
Ni Dios, mas do quitó Dios nuestros males.»

No se movió una ceja ni pestaña,
Ni un hombre dió ni recogió el aliento,
Ni en tanto respiró de la montaña
A mover una hoja el manso viento;
Con dulce admiracion, con gracia extraña
Se acepta el saludable parlamento,
Y todos al señor dieron la mano,
Que tiene, aunque mancebo, el seso cano.

Despues que tanto cuanto hubo callado
Y recogido en sí la fantasía
El buen Calachuni se ha levantado

Haciendo humilde y grata cortesía;
Y con un grave tono sosegado,
Testigo del valor que en sí tenía,
Abre la boca, la voz clara suelta,
Diciendo así con lengua desenvuelta:

«Sacar, Señor, mis obras tan de quicio
Poniéndoles el nombre que les pones
Será por ejercer el propio oficio
Que tienen generosos corazones:
Pagar con gran merced chico servicio
Y dar por bajo don preciosos dones;
Mas á hacernos bien, todo se diga,
Tu Dios, tu sér y nuestro amor te obliga.

«Estos dioses de mano fabricados
No serlo, cierto á mí no es cosa nueva;
Mas tras el vano error de los pasados
El uso y ceguedad nuestra nos lleva,
Y no nos dejan ver nuestros pecados
Lo que con natural razon se prueba,
Que al que lo mira bien no es cosa oscura
Ser más el hacedor que su hechura.

«Mas llégase á excusar el yerro luego
La falta de la luz que hoy se nos muestra;
Que mal irá sin riesgo el hombre ciego
Si aquel que tiene vista no le adiestra:
Así es que sin tener divino riego
¿Qué fruto puede dar el alma nuestra?
Agora que en tu lumbre lumbre vemos
Tu fe, tu religion, tu Dios queremos.

«Y miéntras de tí somos instruidos
Verás los sacrificios ir cesando,